

Pequeña apología del libro

Jean-Marie Gustave Le Clézio

Escritor francés, Premio Nobel de Literatura 2008

Imaginemos que los libros no existen. Imaginemos por un instante que Gutenberg no ha inventado la imprenta. Que ha seguido siendo lo que los chinos habían hecho de ella, es decir, un medio práctico de reproducir manuscritos sin tener que escribirlos, un juego de tampones, un artificio para ir más deprisa. Imaginemos que los libros, tal y como los conocemos hoy, no han existido nunca.

No es tan inimaginable como podríamos creer. Después de todo, grandes pueblos, grandes civilizaciones han vivido sin semejante invención. Los egipcios y los sumerios conocían formas de escritura, pero ignoraban el medio de reproducir sus escritos a gran escala. Los latinos, los griegos, los indios tenían textos. Cultivaban la filosofía, componían ensayos, poemas, tragedias, cuentos que forman aún hoy el fondo común de la cultura humana. Pero no conocían la imprenta. El *Katha Sarit Sagara* de la India, compuesto en Cachemira alrededor del siglo X de nuestra época por Soma Deva, es el origen de la mayoría de los cuentos y de las leyendas de Europa y de Oriente. Es, como lo ha llamado el escritor Salman Rushdie limitándose a traducir el título, el *Océano del mar de los cuentos*. De él provienen *Las mil y una noches*, los cuentos de Perrault, las fábulas.

¿Qué sabríamos hoy de él sin la invención de Gutenberg? Es verdad que los grandes textos –la filosofía de Platón o de Aristóteles, los tratados de ciencia de Avicena o de Averroes, o las grandes reflexiones sobre la religión de San Agustín, de Plotino, las lecciones de geografía o de historia de Plutarco o de Ptolomeo– habrían llegado hasta nosotros a pesar de esta laguna técnica. Pero le debemos al libro el haberlos conocido, recibido, integrado en nuestra cultura, sea cual sea el horizonte del que provengamos.

Imaginemos lo que hubiera sido nuestro mundo sin los libros. Nos proporciona un buen ejemplo el pueblo maya, que vivió en México entre el si-

glo IV anterior a nuestra era y el siglo X. Esta civilización extraordinariamente brillante, a pesar del aislamiento en que se encontraba –un clima hostil, la falta de agua, de materias primas, el peligro permanente de los pueblos vecinos (sobre todo los insulares del Caribe, quienes, recordémoslo, dieron origen a la palabra «caníbal»)– había inventado todo lo que caracteriza el conocimiento humano: las artes, las ciencias, la filosofía. Los mayas habían creado un sistema numérico escrito que permitía cálculos complicados gracias al uso del cero y de los decimales. Algunos de sus monumentos (según parece, tenían pasión por el cómputo del tiempo) representaban épocas que se remontaban a más de cien mil años atrás. Habían desarrollado la ciencia de la astronomía hasta el punto de hacer funcionar un calendario cuyo margen de error anual era de algunos minutos, mediante la observación del movimiento de tres cuerpos celestes: el sol, la luna y el planeta Venus. Sus conocimientos de medicina, arquitectura, urbanismo, superaban con mucho todo lo que los otros pueblos del mundo habían realizado en la misma época. Su gusto por las artes alcanzaba grandes cotas, tanto en la expresión poética como en la creación de representaciones pictóricas, de bajorrelieves, altorrelieves, escultura sobre el granito, el mármol o el pórvido. Su pericia en la metalurgia estaba también muy desarrollada. Si a falta de estaño no trabajaban el bronce, fabricaban objetos rituales en oro puro y en cobre, y habían alcanzado un dominio del arte de la cerámica comparado al de Oriente, con la misma pureza de formas, el mismo sentido de la perfección.

Habían inventado además un sistema de escritura por medio de jeroglíficos comparable al de los antiguos egipcios y que, falto de piedra Rosetta, aún no se ha conseguido descifrar. Esta escritura les servía para redactar compilaciones sobre papel de pasta de madera de higuera, blanqueada con zinc, que doblaban en acordeón a la manera de los antiguos libros chinos, en los que habían anotado la historia, los conocimientos astronómicos (según los esquemas que los acompañan, parece que habrían sido los primeros en prever los eclipses de luna), los complicados rituales y, sobre todo, el paso del tiempo, de los días, de los meses, de los siglos y de las eras.

Pero no conocían la imprenta, y por eso desaparecieron. Cuando el español Diego de Landa tomó tierra en la península de Yucatán en 1520, la sociedad maya clásica ya había desaparecido. Sólo quedaban los manuscritos, los objetos de culto, los recuerdos, conservados por sus descendientes en pueblos aislados de la selva. Esta memoria podía haber sido peligrosa y servir de fermento para la insurrección de los indios recién conquistados. Diego de Landa lo comprendió, hizo reunir toda la biblioteca manuscrita de los antiguos mayas en la plaza central de la ciudad de Mani y le prendió fuego. Los

La cultura de lo escrito era, por su rareza, un privilegio de las elites.

tesoros que se disiparon así en forma de humo son inestimables. El acto bárbaro del conquistador no deja de recordar a la hoguera furiosa en la que los oficiales del régimen nazi en Nuremberg decidieron borrar la memoria del mundo occidental.

Imaginemos por un instante que Gutenberg no adaptó la invención china a las necesidades del Renacimiento, creando caracteres de imprenta móviles. ¿Qué habría ocurrido?

Es cierto que los manuscritos se hubieran seguido copiando: no hay que olvidar que los poemas de Cristina de Pisan o de María de Francia, las novelas como *La muerte de Arturo* o *El caballero de la carreta*, *La canción de Roldán* o las fábulas del ciclo de Renard no fueron difundidos de otra manera. Eran copiados a mano en pieles de animales –el pergamino– o en papeles de trapo, ilustrados y decorados por los monjes –el oficio de copista era entonces mucho más rentable que el de escritor. Cada pergamino era original y se compraba a un alto precio en las casas señoriales donde se conservaban.

Sin la imprenta, sin la escritura, ¿qué hubiera sido de nuestras civilizaciones, occidental u oriental?

Existía la cultura de lo escrito, pero era, por su rareza, un privilegio de las elites. La mayor parte de la humanidad, tanto en Occidente como en Oriente, vivía apartada de esta cultura, no podía acceder a ella. Las ciencias, las invenciones técnicas, las corrientes de pensamiento no circulaban más que con una extrema lentitud.

Sin los libros impresos, nuestro mundo hubiera sido completamente diferente. Se hubiera parecido sin duda a lo que fueron la sociedad egipcia o la sociedad maya en la cumbre de su pujanza y de su gloria: un mundo cerrado, difícilmente accesible a las influencias, profundamente injusto, en absoluto igualitario, irremediabilmente desequilibrado. En un mundo así –el de los mayas de la época clásica, ya que he propuesto este ejemplo–, nada de democracia, poca igualdad ante la justicia y todavía menos entendimiento de la virtud cívica. Una inmensa masa plegada a la autoridad de algunos grandes sacerdotes, de un rey-sol, de tiranos, de déspotas armados, de una elite a un tiempo refinada y brutal. En el mejor de los casos, una especie de teocracia cultivada en la que se desarrollan, en beneficio de algunos, las artes, el conocimiento, la técnica.

En un régimen semejante, el saber no sirve para comunicar ni para perseguir un bien común. Sirve principalmente para levantar una barrera infranqueable entre los que lo ostentan y la mayoría que no conoce de él más que una apariencia. Se construyen templos maravillosos, palacios suntuosos; incluso, como en Egipto, tumbas asombrosas en forma de pirámide. Pero el

común de los mortales trabaja de esclavo en la construcción de estas obras sin comprender su sentido. Es la Sociedad del Dragón, tal como la definió Vladimir Propp en su análisis del cuento popular.

Sin la imprenta, sin la escritura, ¿qué hubiera sido de nuestras civilizaciones, occidental u oriental? Sin duda, lo que fue de las sociedades tiránicas y suntuosas del pasado. Puesto que se basaban por completo en una elite privilegiada –el faraón en Egipto, el emperador en Roma o el *halach uinic* (verdadero hombre) en el Yucatán maya–, eran frágiles. Una menudencia, una escasez, una epidemia, una revolución en palacio podían hacerlas caer, reducir las a nada. Cuando los bárbaros entraron en Roma, la larga secuencia de tiranos y las rivalidades entre clanes habían acabado ya con la nación que había reinado como dueña absoluta en el Mediterráneo. Cuando los españoles penetran en el continente amerindio, las ciudades relumbrantes de los mayas, sus templos rascacielos y sus palacios engastados en oro no son más que ruinas cubiertas por la selva. Sin duda, una revolución de los campesinos hambrientos había echado abajo la tiranía pero, a falta de medios técnicos, todas las proezas y los conocimientos de sus gloriosos ancestros resultaban indescifrables. Diego de Landa ni siquiera tenía necesidad de quemar los manuscritos o de romper los ídolos: ya habían dejado de existir.

Siempre es tentador reescribir la historia. Es satisfactorio para el espíritu de novelista que hay en mí, y es también útil para evaluar la relatividad de la cultura y de la civilización –lo que había llevado a Paul Valéry a la conclusión desengañada en vísperas del conflicto mundial: «Nosotros civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales».

A decir verdad, me parece imposible imaginar hoy un mundo sin libros. Claro que existen actualmente otros medios de transmitir el saber, a través de la imagen, de la informática. Quizá estos nuevos medios conseguirán un día suplantarse casi por completo la invención de Gutenberg. Pero el libro es un objeto ligado a la cultura del ser humano, a la forma de su espíritu pero también a la forma de sus manos –un útil comparable a esos otros útiles indispensables que son un martillo, un cuchillo, una aguja, un hervidor–, comparable también a esos otros útiles de la perfección que son un violón, una flauta dulce, un instrumento de percusión o un pincel y una piedra para tinta china. Por su naturaleza concreta, el libro es la marca propia del genio creador, de esa chispa que se transmite de generación en generación. Puede ser un libro de leyes, un libro de arte, un tratado de mecánica, una lección de química o de matemáticas. Puede ser un poema como el de Yun Dong Ju sobre la estrella, un relato incoherente y revelador como *Alicia en el país de las maravillas*, un modelo de vida como la iluminación del sufí Jallal el-Din Rumi o como las lecciones de valentía del emperador romano Marco Aurelio. O más aún, el libro de los li-

bros, la Biblia que en otro tiempo imprimió Gutenberg y que fue el primer libro publicado en la historia de la edición.

Temeríamos lo peor de un mundo en el que el libro llegara a faltar. Sin este paralelepípedo lleno a un tiempo de sabiduría, divertimento y subversión, veríamos quizá aparecer de nuevo el espectro glacial de la teocracia y la tiranía, el famoso Dragón –que los mayas por su parte llamaban «la serpiente de nubes»– que devora el corazón de los humanos.

Para terminar este breve elogio del libro, y ya que tengo la ocasión de expresarme en relación con la edición en general, y de la literatura en particular, no quisiera desaprovechar la oportunidad de señalar cuáles son mis preocupaciones.

La literatura –más que el objeto libro– no es una rémora arcaica a la que lógicamente deberían sustituir las artes audiovisuales, y el cine en especial. Es una vía compleja, difícil, pero creo que todavía más necesaria hoy que en tiempos de Byron o de Victor Hugo.

Hay dos razones que justifican esta necesidad. Para empezar, porque la literatura está hecha de lenguaje. Es el sentido primero de la palabra: letras, es decir, lo que está escrito. En Francia, la palabra «roman» designa los escritos en prosa que utilizaban por primera vez en la Edad Media la lengua nueva que hablaba todo el mundo, la lengua romance*. La palabra «novel» en inglés procede también de esta idea de novedad. Más o menos por la misma época en Francia se dejó de utilizar la palabra «rimeur» (de «rima») para hablar de los «poetas», del verbo griego «*poiein*», crear. El escritor, el poeta, el novelista, son creadores. Ello no quiere decir que inventen el lenguaje, quiere decir que lo utilizan para crear belleza, pensamiento, imágenes. Por eso no se podría prescindir de ellos. La lengua es la invención más extraordinaria de la humanidad, la que precede a todo, comparte todo. Sin el lenguaje no habría ciencias, ni técnica, ni leyes, ni arte, ni amor. Pero esta invención, sin la aportación de los locutores se convierte en algo virtual. Puede debilitarse, reducirse, desaparecer. En cierta medida los escritores son sus guardianes. Cuando escriben sus novelas, sus poemas, su teatro, hacen vivir al lenguaje. No utilizan las palabras, sino, al contrario, están al servicio del lenguaje. Lo celebran, lo afilan, lo transforman, porque el lenguaje vive para ellos, a través de ellos, y acompaña las transformaciones sociales o económicas de su época.

Después de haber defendido la existencia de este ser ambiguo y un poco arcaico que es el escritor, quisiera añadir la segunda razón de la existencia de la literatura, porque afecta aún más al bello oficio de la edición.

* En francés, «romane». (N. de la T.)

Hoy se habla mucho de la mundialización. Se olvida que el fenómeno empezó en Europa en el Renacimiento, con el principio de la era de los grandes viajes. La mundialización no es algo malo de por sí. La comunicación hace que se avance más rápido en medicina o en las ciencias. Puede que la generalización de la información haga que los conflictos sean más difíciles. Si hubiera existido Internet, es posible que Hitler no hubiera conseguido sacar adelante su complot para adueñarse de Alemania –quizá el ridículo le hubiera impedido emerger.

El único defecto del libro es que aún es de difícil acceso en muchos países.

La cultura a escala mundial es un asunto que nos atañe a todos nosotros. Pero es sobre todo responsabilidad de los lectores, es decir, de los editores. Es verdad que es injusto que la poetisa Rita

Mestokosho, india inuit del gran norte canadiense, tenga necesidad, para poder ser entendida, de escribir en la lengua de los conquistadores: en francés. Es injusto también que la poetisa kanak de Nueva Caledonia, Dewe Gorodé, en su lucha por la libertad de su pueblo tenga que utilizar la lengua de la nación que la encarcela y le deniega el derecho a la independencia. Y es verdad que sería ilusorio creer que un poeta como el mauriciano Richard Sedley Assone, utilizando su lengua materna, el *créole*, pueda alcanzar la misma audiencia que si escribiera en una de las cinco o seis lenguas que reinan hoy como dueñas absolutas en los medios de comunicación.

Pero si, gracias a la traducción, el mundo puede entenderles, algo nuevo y cargado de optimismo se está produciendo. Corea, un país exento de toda sospecha de imperialismo cultural, proporciona un ejemplo destacado de esta transformación. No es indiferente que este encuentro internacional sobre edición se celebre hoy en Corea, uno de los países del mundo donde se publican más traducciones de la literatura extranjera.

La cultura, decía, es nuestro bien común, de toda la humanidad. Pero para que ello sea verdad, sería necesario que se diera a todas las personas los mismos medios para acceder a la cultura. Para ello, el libro es, por muy arcaico que pueda parecer, el medio ideal. Es práctico, manejable, económico. No precisa de ninguna proeza tecnológica particular y puede conservarse en todos los climas. Su único defecto –y es ahora cuando me dirijo en especial a ustedes, amigos editores– es que aún es de difícil acceso en muchos países. En Mauricio (pequeño país que conozco bien), el precio de una novela o de un ensayo científico corresponde a una parte importante del presupuesto mensual de una familia. En África, en el Sureste Asiático, en México, en Oceanía, el libro sigue siendo un lujo inaccesible. Este mal tiene remedio. La coedición con los países en vías de desarrollo, la creación de fondos para bibliotecas de préstamo o bibliobuses y, de forma general, una atención

cada vez mayor en relación con las demandas y las escrituras en las lenguas llamadas minoritarias –a veces muy mayoritarias en número–, permitiría al libro continuar siendo un maravilloso medio de conocerse a sí mismo, de descubrir al otro, de oír en toda la riqueza de sus temas y de sus modulaciones el concierto de la humanidad. Así podremos sin duda prevenir el regreso del Dragón.

Discurso de clausura del 28 Congreso de la International Publishers Association en Seúl

TRADUCCIÓN DE ASUN LASAOSA

'MONOTYPE'

TITLING: 231
Now in 8 pt., 10 pt., and TWELVE POINT. ON 4 PT. READY FOR COMPOSITION
TWELVE POINT FOURTEEN AND
LONGER SUP TO AN AND 22 PT. ON SUPER CASTING AVAILABLE AT DISPLAY. FINANCES VARIOUS MAY BE HAD AT LOW RATES

GILL

SANS

EXTRA LIGHT: 362
Now in 8 pt., 10 pt., and TWELVE pt. composition
DISPLAY: 14 pt.
EIGHTEEN to 36 pt. u. and l.c.
Italics now in hand for early issue

Aa Bb Cc Dd
 LIMm Nn Op Qq
 Yy Zz Aa Bb Cc Dd
Series 262: Gill
Roman 6-12 pt. composition
 14 pt. to 72 pt. display.

**abcdefghijklmnop
 rstuvwABC**
Series 375. Bold u. & l.c.
 roman 6 to 72 pt. Also
 72 point Titling

We believe that the really remarkable success of "Monotype" Gill Sans is in part due to the fact that the face is not, and does not look, foreign in origin or exotic in design. It would seem that when the progress and adventures of Great Britain were looking for one a highly "English-sounding" setface, roman of classic simplicity and real beauty—obtainable at the minimum cost, hence the triumph of Gill Sans.

This list was prepared exclusively for the MONOTYPE CO. INFORMATION is one of the most famous designs of our time. (GILL) The qualities of being clear, correct, and completely free from all "Monotype" ornamentation combine, make the GILL Sans face a good investment.

Ff Gg Hh Ii Jj
 Ss Tt Uu Vv Ww
Ff Gg Hh Ii Jj Kk Ll
l.c. roman & italic
italic: 9 to 12 pt. composition
 14 pt. to 36 pt. display.

**abcdefghijklmnop
 rstuvwxy AB**
Italics for 375. Now
 ready: 12 to 36 pt.

ABCDEF GHIJK abcdefghijklmnopqrst LMNOPQRSTU

The Monotype Corporation Limited

43 Fetter Lane, London, E.C.4 Central 8551-5

YOU NEED THE GILL SANS ENSEMBLE

extra bold

series 321